

HOMENAJES

**ALBERT
CAMUS**



El absurdo de la muerte se agiganta frente a la suya. También la rebeldía. Si toda muerte es frustración, doblemente lo es ésta que ataja un pensamiento en marcha. Pensamiento lúcido, consciente, solidario de nuestro tiempo.

Camus conocía bien la dimensión de la injusticia, pero también el valor de la libertad, el de la belleza. No puso nunca por encima del hombre ninguna doctrina: "Sí, el hombre es su propio fin. Y es su único fin". No corrió nunca detrás de apresuradas simplificaciones: "Sí, hay la belleza y hay los humillados. Cualesquiera sean las dificultades de la empresa, yo desearía no ser nunca infiel ni a la una ni a los otros". No incurrió jamás en ilusorios aplazamientos: "No se trata de saber si, procurando la justicia, llegaremos a preservar la libertad. Se trata de saber que, sin la libertad, no realizaremos nada y que perderemos, a la vez, la justicia futura y la belleza antigua".

Primero fue el *absurdo*: premisas difícilmente refutables. Después, las alertas conclusiones de la *rebeldía*. Del primero a la segunda, el pensamiento de Camus había recorrido todo el camino que va de la soledad a la más amplia solidaridad humana.

Nuevo alto en el camino de la meditación severa y claramente expuesta: “la rebeldía, sin pretender resolverlo todo, puede al menos hacer frente”.

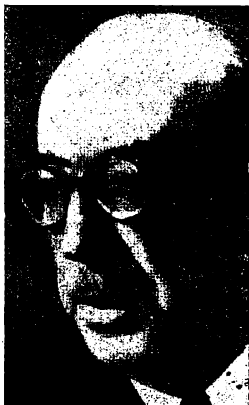
No hay que desistir: *si el hombre que espera en la condición humana es un loco, el que desespera es un cobarde*.

El hombre rebelde terminaba: “El arco se tiende, la madera cruje. En la cima de la más alta tensión va a surgir el ímpetu de una flecha recta, con el trazo más duro y más libre”. Una nueva etapa, sin duda. Tal vez la más fructuosa. Algunos atisbos en el lenguaje parabólico de *La caída* y *El exilio y el reino*.

El arco se tiende, la madera cruje. Pero la muerte ha roto el arco.

O. E. T.

LORENZO
LUZURIAGA



Acaba de fallecer en Buenos Aires, a la edad de setenta años, uno de los más grandes difundidores del pensamiento pedagógico contemporáneo en el mundo de habla hispana: don Lorenzo Luzuriaga. Nacido en Valdepeñas (Ciudad Real, España), se graduó en la Escuela Superior del Magisterio de Madrid y luego se trasladó a Alemania para ampliar sus estudios en las Universidades de Jena y Berlín. De regreso a su patria, pasó a desempeñar importantes cargos docentes. Pero su mérito principal no reside tanto en el ejercicio del magisterio —que siempre desempeñó con profunda dedicación—, como en la difusión de métodos y doctrinas que inició con la fundación de la *Revista de Pedagogía*, llamada a tener honda repercusión entre los maestros de España y América. A la revista vinieron a añadirse las series de libros editados bajo

su signo, pequeños volúmenes que llegaron hasta las escuelas más distantes llevando el conocimiento de nuevos ensayos en el campo de la educación. Fue la época más fecunda de la renovación escolar en el mundo entero. El movimiento quedó trunco en 1939, al exilarse Lorenzo Luzuriaga después de la derrota de los republicanos. Radicado definitivamente en la Argentina, fue nombrado profesor en la Universidad Nacional de Tucumán en donde actuó hasta 1944. En aquella provincia norteña intentó reiniciar la publicación de la *Revista de Pedagogía* y logró que aparecieran unos seis o siete números, pero la tentativa terminó por fracasar económicamente. Alejado de cargos oficiales durante el régimen depuesto, se dedicó exclusivamente a dirigir las dos colecciones que la Editorial Losada puso a su cargo: la *Biblioteca Pedagógica* y la *Biblioteca del Maestro*. Trabajador infatigable, Lorenzo Luzuriaga nos deja un gran número de obras, cuidadosamente documentadas, que representan la exposición más completa de la educación de nuestra época. Recordaremos los siguientes títulos: *La nueva escuela pública*, *La pedagogía contemporánea*, *La educación nueva*, *Reforma de la educación*, *La educación de nuestro tiempo*, *Pedagogía social y política*. Son innumerables sus prólogos y artículos. El Instituto de Ciencias de la Educación, de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, publicó su extenso estudio sobre *La Institución Libre de Enseñanza y la educación en España* donde recuerda las grandes figuras de Francisco Giner de los Ríos y Manuel B. Cossío. Poco antes de morir había editado Losada su obra síntesis de los trabajos de toda su vida, el *Diccionario de Pedagogía*.

M. E. S.

**GREGORIO
MARAÑÓN**



Con la muerte del Dr. Gregorio Marañón desaparece una personalidad de vasta nombradía en el mundo de la cultura contemporánea. Su nombre era familiar no sólo en los círculos científicos y literarios de habla hispana, sino también en los centros académicos europeos de mayor prestigio allende las fronteras de su patria. En efecto, varias universidades forasteras le otorgaron títulos honoríficos en reconocimiento de sus investigaciones científicas. Desde sus años mozos, estudiante de Medicina y luego graduado como médico, comenzó a llamar la atención de los centros académicos peninsulares a tal punto que, más tarde, había de ser miembro de las cinco Academias de España: Lenguas, Historia, Bellas Artes, Ciencias y Medicina, pues Marañón integraría su formación científica incorporando a sus faenas intelectuales calificadas expresiones de humanista integral. Puede decirse que también a este humanista contemporáneo nada humano le era indiferen-

te. Pero no le animaban pujos de mera curiosidad, sino de creación original en los dominios de la sabiduría. Con ser eminente su prestigio como hombre de ciencia, su popularidad la conquistó merced al ejercicio de la literatura. Acuñó en un estilo muy puro, formalmente artístico, libros que perdurarán en la historia literaria hispana como expresiones de un singular connubio de ciencia y poesía, de rigor metódico y brillante imaginación, cuando no de intuiciones sorprendentes. Baste citar algunas obras de éxito resonante: "Amiel, un estudio sobre la timidez"; su original y tan discutido: "Tres ensayos sobre la vida sexual"; "Don Juan: ensayos sobre el origen de su leyenda"; "El conde-duque de Olivares (la pasión de mandar)"; "Luis Vives (un español fuera de España)"; "Vida e Historia"; y tantos otros. La historia, como ciencia y como arte, vista a través de la biografía, tentaba a este hombre de letras, a este sicólogo buceador en las honduras del ser y en los misterios del acontecer histórico. Quizás en algún momento su fantasía de artista no fuese fiel a la verdad científica, en cuyas raíces nutría su abundante floración literaria. Pero el caudal de sugerencias que manaba de sus puntos de vista tan personales y las reacciones polémicas que suscitaban sus enfoques inusitados, ya eran méritos suficientes para calificar su obra al margen de las indiscutidas excelencias literarias que al prosista se le daban como por añadidura. Porque por más discutibles que fuesen algunas de sus interpretaciones de las personalidades y de las épocas que sometía al análisis, Marañón no podía ser considerado, con justicia, un mero retórico artificioso. Era, por sobre todo, hombre de pensamiento y de sensibilidad, lo que implica definir a un artista cabal.

Mantuvo un cordial y fecundo contacto con América, especialmente con la Argentina. En nuestro país dictó lecciones magistrales y pronunció conferencias memorables en las más diversas tribunas. Colaboró, además, con significativa frecuencia, en las columnas de "La Nación" de Buenos Aires.

También tuvo una importante actuación política en Es-

pañá, llegando a ser diputado a Cortes. Aunque no es éste el momento más adecuado para juzgar su conducta política militante, en razón de la atmósfera pasional que fatalmente rodea a todo juicio sobre este aspecto de la personalidad de Marañón, no es posible ocultar que sus últimas actitudes no podían merecer el aplauso ni la consideración reverente de los intelectuales perseguidos o menospreciados por el régimen actual imperante en España. Mas esperemos prudentemente que el futuro, establecida la necesaria distancia que la serenidad exige y el espíritu crítico necesita, dé su opinión justiciera a la luz de más imparciales consideraciones.

Mientras tanto, pongamos el acento admirativo en lo mejor que dio de si mismo, en su obra escrita, y hagamos mérito de sus virtudes excepcionales como creador de tanta obra bella.

L. D. F.

